CORAZÓN DE LEÓN

MONIKA HELFER

CORAZÓN DE LEÓN

Traducción Gabriela Adamo

Helfer, Monika
Corazón de león / Monika Helfer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2025.
184 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Gabriela Adamo.
ISBN 978-987-628-792-0

1. Novelas. I. Adamo, Gabriela , trad. II. Título.
CDD 830.192

Título original: *Löwenherz*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: octubre de 2025

Federal Ministry
Housing, Arts, Culture,
Media and Sport
Republic of Austria

Förderung durch das Bundesministerium für Kunst, Kultur, öffentlichen Dienst und Sport
Financiamiento del Ministerio Federal de Arte, Cultura, Función Pública y Deporte

© Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, München, 2022
Derechos negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent
© de la traducción Gabriela Adamo, 2025
© de la presente edición Edhasa, 2025

C/Diputació, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-792-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Printing Books S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.200 ejemplares de *Corazón de león*, de Monika Helfer, se terminó de imprimir en Printing Books S.A. en septiembre de 2025.

Para nuestros Últimos

I

Un nuevo día, una camisa limpia

1

Así era mi hermano Richard:

Cuando caminaba, pensaba en acostarse.

Cuando se sentaba, pensaba en acostarse.

Cuando estaba parado, pensaba en acostarse.

Incluso cuando volaba, pensaba en acostarse.

Pensaba siempre en acostarse.

Andaba por ahí con sus piernas chuecas, a donde fuera que estas lo llevaran, *ensimismado*, la cabeza precediendo las piernas ya que la tierra áspera no la frenaba. Buscaba piedras chatas, las hacía saltar sobre el agua, le gustaba estar junto al agua. Se agachaba para levantar una culebra, la colocaba sobre su brazo desnudo, le canturreaba algo —*Going Up The Country* de Canned Heat— y se imaginaba que estaba en una selva lejana, allí donde las hermanas mayores de este animalito provocaban pavor y espanto. Otro, uno que tenía los brazos chuecos, le había contado que las culebras podían distinguir el habla del canto, igual que las serpientes. También los peces, dijo, se acercaban nadando si uno se sentaba en la orilla con un pasacasete, ponía la música adecuada y mantenía la calma.

Mi hermano llevaba todo el día todo el cielo en los ojos, y si la culebra se le caía del brazo, ya no se ocupaba: que cada uno se las arreglara como pudiera, fuera hombre o animal. Parecía el hermano atractivo de Alan Wilson, el cantante de Canned Heat que en ese entonces ya estaba muerto, se había quitado la vida a los veintisiete años. Richard lo haría a los treinta. Un perro empezó a seguirlo, uno que podía dar fe de la ascendencia más variada, desgreñado, apenas le pasaba las rodillas: la simpatía entre los dos fue inmediata. Delante de la casa en cuyo segundo piso vivía, Richard se inclinó hacia el perro y le habló, primero usando un tono como de maestro a alumno, luego de cura a monaguillo y, al final, como un cómico a su compañero en el escenario: "¡Quédate conmigo, no te vayas! Te llamaré..., cómo te llamaré..., cómo te llamo, te llamo: Schamasch. Serás mi dios del sol. Serás huésped en mi morada y si es posible, no cagues en los rincones". El futuro sucedería. De un modo u otro. Para el hombre tanto como para el animal. Ponerle un palo en el camino, igual, era algo que se podía hacer.

En su habitación, pequeña como era, buscó un lugar para que Schamasch se acomodara y decidió que dormiría en el suelo, junto a su cama, sobre el abrigo gastado de invierno que ya me había traído tres veces para remendar. Comenzó a educarlo. Ambos acostados, Richard sobre la cama y el perro en el suelo. No solo culebras, serpientes y peces podían distinguir entre lo hablado y lo cantado, también algunos mamíferos, creyó entender muy pronto.

A partir de entonces, adonde iba Richard iba también el perro, y el perro lo seguía a cualquier lado al que sus piernas decidieran ir. Richard echaba cuatro huevos en la sartén y los compartía con Schamasch. Le enseñó a ofrecer una mirada sensata. Porque era lo que correspondía. Cuando se agachó para

acariciarle el pelo, le pareció que olía mal. Mañana, mañana llevaría champú al lago y lo enjabonaría bien. Un buen champú, por si resultaba que Schamasch tenía la piel sensible debajo de esos pelos desgreñados. Entró al supermercado —estaba prohibido entrar con perros—, se hizo el discapacitado visual, deslizó una botellita de delicado champú Nivea para niños en el bolsillo superior de su pantalón, que estaba a la misma altura que el hocico lleno de dientes de su perro, y pasó de largo por la caja sin pagar, la mirada fija y vacía y el brazo libre extendido, el perro agarrado con la correa corta. Schamasch actuó su parte, poniendo una mirada sensata y responsable.

Una semana más tarde, el perro sabía hacer todo lo que Richard creía que un perro debía saber. En agradecimiento, mi hermano extendió la sábana, empujó su edredón hacia un costado, hacia la pared, y cubrió la otra mitad de la cama con unos trapos que había lavado en el lago, con el mismo champú que había usado para el perro: ese sería el nuevo lugar de Schamasch. "Has aprobado el período de prueba". El perro captó y se acomodó.

—Está perfectamente entrenado —me contó—. Es un perro distinguido: hasta el pedorreo lo controla y espera a que estemos en la calle.

Ambos dormían hasta tarde y profundo, y a la mañana se despertaban con los olores confundidos. Se levantaban para desayunar, los domingos, y enseguida volvían a acostarse. Richard estaba por empezar un trabajo nuevo —era un especialista fuera de serie, pertenecía a la vanguardia de la clase trabajadora—, pero recién el domingo siguiente: quedaba dormir siete veces más, después trabajar.